

tan pobre en afectos; y oyendo el vaivén de aquella cunita, recordaba al hijo que su pasión quiso engendrar en las estériles entrañas de Punto-Negro, y en que acaso Amparito Guillén satisficiera aquellos deseos de paternidad.

Paulatinamente el pintor fué aficionándose al matrimonio y hallándolo indispensable a su tranquilidad. En sus conversaciones con Matilde Landaluce deslizó ciertas frases en este sentido, anunciando como una probabilidad lejana su enlace con Amparito; la joven le miraba atentamente, y engañándose acerca del alcance cierto de aquellas palabras, alzaba los hombros en señal de sumisión.

—¡Cásate, si gustas!—decía—: yo no he de oponerme a tu boda, porque el cariño no me da derecho para tanto...

El pintor no insistía, temiendo empujar sus explicaciones demasiado lejos, y todo quedaba así. Pero un día se atrevió: fué a casa de Antonia Carrasco; un pequeño incidente le infundió el valor que siempre le había faltado y se confesó de golpe, antes de arrepentirse. Ella le miró de hito en hito, escrutándole el pensamiento con los ojos, mas sin contestar, dudando aún.

—Sí, sí—agregó el pintor respondiendo a aquella mirada—; es asunto convenido.

Entonces la joven, hasta entonces desconfiada y remisa, cedió, persuadida por un mohín de disgusto que contrajo los labios de Antúnez.

—Pero, ¿es posible?...

Palideció y dos lágrimas brillaron en sus párpados.

—Sí, Punto-Negro — repuso Claudio vacilando—; es verdad... Me voy a casar...

Matilde Landaluce volvió a su hotel trastornada por aquella aceda confesión, tan breve, tan dura, que resonaba en sus oídos silbando como un cohete encendido...: — «Punto-Negro, es verdad... Me voy a casar...»

Por primera vez sintió gravitar sobre ella la mano del Destino, arrebatándole su único amante, condenándola al tremendo suplicio de no querer. Aquella noche estuvo nerviosísima, y después de cenar, mientras Pablo trabajaba en su despacho escribiendo varias cartas urgentes, subió a su habitación y se acostó vestida; pero en aquella posición se ahogaba, cual si las vísceras ventrales se hubiesen precipitado sobre la laringe impidiendo la entrada del aire en los pulmones, y sus sienas latían con pertinaz martilleo. Entonces se levantó, arropóse en su mantón y abrió la ventana.

La noche, aunque de invierno, era tibia; las estrellas brillaban intensamente; la luna bañaba los campos con efluvios suaves de claridad lechosa; ni un ruido importuno, ni una ráfaga de aire frío en la tierra; ni una amenaza en el cielo. Matilde acarició con sus manecitas de muñeca su frente ardorosa, gozando la grata impresión del aire libre; luego avanzó de puntillas sobre el zinc de la azotea y fué a apoyarse en el alféizar, oteando la explanada y procurando abarcar la máxima cantidad posible de cielo; después su fantasía se perdió en una meditación de filósofa atea.

Pensó en los mundos que rodaban a millares de leguas y que aparecían, por la distancia, tamaños como luciérnagas: y en la Luna, aquel asteroide muerto, cuyas secas llanuras y picachos es-

cuetos brillaban melancólicamente a la luz solar como una tersa y bruñida calavera. Sería curioso averiguar las tragedias ocurridas en aquel satélite abandonado; allí, tal vez, hubo en siglos remotos animales semejantes a los de la Tierra, que alegraron el silencio de las pomposas florestas con sus gritos agudos, y pintadas avecillas que saludarían con gorjeos la salida del sol; y quizás, represando las expansiones de aquella fauna salvaje, hubiese también una sociedad parecida a la humana, con artes, ciencias y ciudades cultísimas; pero la muerte estrujó bajo sus garras las entrañas de aquel mundo pequeñín, apagando su fuego interior, secando sus mares y las corrientes vitales que vigorizaban sus campos, destruyendo su atmósfera, transformando en terrenos calcáreos, polvorientos e infecundos, las que antes fueron lozanas praderas y plantíos ubérrimos; y allí seguía, triste y mudo, con sus torrentes secos, sus volcanes apagados mostrando los negros cráteres como bocas enormes a quienes el último estertor agónico imprimió una mueca eterna; y el dilatado cauce de sus mares sin agua, en cuyas riberas desiertas, erizadas de peñascos, ya no volvería a resonar el eco solemne de sus olas bramadoras; y volteaba un siglo y otro alrededor de la Tierra sujeta a la gravitación, aquella momia gigantesca que un hechicero parecía haber embalsamado y adobado con milagrosos ungüentos, para mantenerla apartada del movimiento rotatorio de la vida universal, cristalizando su forma, como hacían los egipcios con las momias de sus pirámides. Y como esta astronomía fantástica es tan cómoda, Punto-Negro, montada sobre la velocísima Alborak de su imaginación, recorrió diversas constelaciones haciendo observaciones análogas: aquellos mundos, mayores que el nuestro, estarían regocijados y caldeados por los resplan-

dores de otras estrellas: con una flora espléndida y animales superiores a los que formaron la fauna prehistórica de nuestro planeta: y una humanidad inteligente y fastuosa que lucharía por acrecentar su progreso, trabajando y amando más que nosotros, porque la compleja armazón de sus músculos y de sus nervios sería más excelente. Y poco a poco, induciendo unas veces y deduciendo otras, Matilde Landaluce, que tan aficionada era a alambicar las íntimas reconditeces de las cosas y a conocer las sutiles quintas esencias de los pensamientos, fué concretando la finalidad de aquella meditación y asociándola con sus ideas religiosas.

¿Era finita la creación?... Aquellos mundos ¿se moverían en virtud de leyes fatales inherentes a la materia, o su admirable concierto sería obra de un poder inteligente y regulador único de tan portentosa maquinaria?... Meditando esto sentía el vértigo que deben de experimentar los teólogos cuando quieren coquetear con lo incognoscible, o el astrónomo que por primera vez se asoma al poderoso ocular de un telescopio Rosse. Y entonces emparentaba aquella magnitud infinita, con su infinita pequeñez.

Aquel hotelito era una porción tan inapreciable de Madrid, que nadie advertiría su desaparición si ella tenía el capricho de demolerlo; y aquel Madrid magnífico ocupaba una extensión insignificante de España, que a su vez representa bien poco en la superficie del globo, punto microscópico, perdido en la inmensidad de los espacios: y siendo esto así, ¿qué relaciones medianían entre el cosmos y ella, partícula infinitesimal del mismo?... ¿Era admisible que sus alegrías y sus dolores llegasen a oídos de aquella fuerza inteligente ante quien ella se arrojaba en la iglesia, todos los domingos?... ¿Qué podían in-

terésarle a aquel espíritu soberano, entretenido en crear mundos pregoneros de su poder, los deseos de un ser que flotaba en la creación como un átomo de polvo en un rayo de sol?...

Estas preguntas cambiaron de sopetón el rumbo de sus ideas: hasta allí se había humillado ante aquel poder consciente que su devoción imaginaba allende los cielos; pero de pronto, excitada por aquella burla procaz del Destino, tuvo un arranque subversivo; deseos de desplegar su ingenio y sus donaires para avasallar y retener el albedrío de Claudio y todo su talante, represar la autoridad de Pablo y auparse sobre los obstáculos vencidos. Era estúpido solicitar de un cielo sordo y vacío de mente directora, la realización de hechos que acaso estuviesen en su mano; y súbitamente sus celos estallaron contra Amparito Guillén, aquel monigote incoloro en quien su orgullo no reparó, que llegaba lleno de contento y ufanía a despojarla de la joya que más estimaba. ¿Era soportable que una mujer sin argumento, insignificante, gurrumina, sin cerebro ni carne, con su inocencia columbina, su humildad perruna y su incurable sosería, fuese la piedrecilla que descarriase el tren de su felicidad...? Y con los ojos clavados en el cielo infinito y un resto de chulita airada, Punto-Negro levantó sus manos jurando no ceder en aquella demanda en que sus acendradas pasiones y su amor propio iban comprometidos: ella vencería al hado adverso, pulverizando la piedrecilla indiscreta que obstruía su camino, amenazando convertirse en muralla infranqueable...

Entonces oyó a Pablo Estrada que tosióse allá bajo, en su despacho, escribiendo cartas comerciales y afanándose en acrecentar su dinero, mientras ella, tan ajena a los prosaísmos mercantiles de su marido, recamaba el porvenir de placenteras visiones. Mas aquella tosecilla abatió

su inspiración; sintió frío, volvió a su alcoba, cerró la ventana y se acostó.

Desde aquel día Punto-Negro elevó al cubo sus atractivos, aguzando su ingenio para cobrar nuevo valimiento, y ofrecerse a los ojos del pintor más amena y codiciable; de sus celos, de sus pesares, nada dijo, comprendiendo que eran lamentaciones inútiles que aburrían la conversación; ella estaba lastimada pero no quiso contaminar a su amante con sus dolores y se cubrió con la máscara de su optimismo, como los guerreros griegos, al caer heridos, se ocultaban bajo sus escudos para que su agonía no acobardase a sus compañeros. Si Antúnez hablaba de su matrimonio, ella seguía la conversación, preguntando, sondeando el ánimo de Claudio, pero sin traslucir el menor asomo de dolor o de indiscreta curiosidad. Otras veces le aconsejaba acerca de la conducta que debía observar en su hogar futuro, y tras aquellas reflexiones formuladas tranquilamente, volvía a su habitual regocijo, inventando encantadoras diabluras, charlando a cántaros, como si quisiese acentuar mejor las diferencias que entre Amparo y ella mediaban. Entonces su genio desplegaba extraordinarios recursos. Matilde tenía genialidades que sobrepujaban las de cualquiera otra mujer, y era alegre con una alegría sugestiva que rebosaba de sus entrañas y que no tenía que decretarse, como los nostálgicos, que disimulan el tedio frío de su alma con la máscara de la risa. Todo en ella era genuinamente suyo: su fantasía, que todo lo magnificaba y ensalzaba; su conversación inagotable, amenísima; su inalterable buen humor... Siempre llevaba consigo el inapreciable tesoro de su alegría, y con espontaneidad infantil se maravillaba de todo, holgándose con ello, como si realmente se tratase de extraordinarias aventuras; todo le parecía bien, a

todo se allanaba la optimista acometividad de su expansivo temperamento, y su risa, lejos de disminuir del ajeno regocijo, lo provocaba.

Realizando tantos méritos estaba su cuerpo, digno vaso receptor de aquel espíritu excepcional.

Matilde poseía el magnífico secreto de no envejecer, como Ninón de Lenclos, que se entregó al abate Gedony a los ochenta años de edad, dejándole prendado de sus venerables hechizos; ella, como Ninón, burlaba el tiempo, conservándose en perdurable primavera, viciosa, lozana, embarneada, sin arrugas en el rostro, ni desmayos en el cuerpo, y se acicalaba con el prolijo cuidado y el esmerado desvelo de una vieja coqueta, sabiendo que los secretos del tocador aumentaban el prestigio y valimiento de sus encantos físicos.

Estas exquisitas atenciones reforzaron la enfermedad pasional del pintor.

Su claustrofobia aumentó y la experimentaba a todas horas: Matilde le había oído hablar de esta alucinación, pero cuando pudo comprobarla por sí misma, creyó que su amante se había vuelto loco.

Estaban reunidos en su escondrijo del Paseo de Santa Engracia: la mañana era fría, había nevado mucho y la joven llegó con los pies mojados: Claudio la obligó a descalzarse y a dejar las botitas junto al brasero encendido, para que se secasen; después se desnudaron y se metieron en el lecho; una camita de mujer soltera, corta y estrecha, cubierta por una colchita roja: allí estuvieron largo tiempo divertidos en escudriñar los detalles de la alcoba; los muebles, los cuadros que adornaban las paredes, los visillos que pendían melancólicos a lo largo de la ventana, por cuyos cristales se veía caer la nieve... El friolero recuerdo de la calle aumentaba la agradable temperatura de la habitación; aquellas sensaciones di-

versas acrecían y refinaban el voluptuoso abandono de Punto-Negro, que yacía silenciosa, quieta, los ojos fijos en las pupilas de Claudio; después rodeó con sus brazos la cabeza del pintor y le atrajo hacia sí, imprimiendo en sus labios muchos besos largos, sorbidos que producían en él agitación inenarrable.

—No me beses así—murmuraba—, me enloqueces...

Pero ella continuaba: era una succión diabólica, que arrastraba el alma tras sí, y Matilde la hacía con un refinamiento cruel, tanto más grande, cuanto mayor era el desfallecimiento de Claudio: parecía un bdelómetro o uno de aquellos feroces vampiros de que habla la fábula. De pronto, Claudio Antúnez hizo un gesto angustioso y se incorporó.

—¿Qué sucede? — preguntó Matilde

—Me ahogo—repuso el pintor emocionado.

La joven le ofreció un vaso con agua que había sobre la mesilla de noche.

—No quiero beber — dijo Claudio—, no tengo sed.

Sentía un aplanamiento general, como si le hubiesen vestido una armadura de plomo, o una máquina pneumática fuese enrareciendo la atmósfera de la habitación.

—Me ahogo—repitió—, aquí no hay aire; esa ventana y esa puerta cerradas me producen desazón horrible...

Tenía la frente bañada en sudor y saltó del lecho, Matilde lanzó un grito.

—¿Claudio, qué haces...? ¿Te has vuelto loco...?

El se abalanzó a la ventana y la abrió de par en par, recibiendo en pleno rostro el aire helado de la mañana: algunos copos de nieve cayeron dentro de la habitación.

Matilde empezó a tiritar, estornudó y tuvo que arrojarse hasta los ojos, haciendo de las colchas reducto aspillerado contra el frío. Después gritó:

—Claudio, ¿qué demonios te aconsejan...? Vas a coger una pulmonía...

El pareció no oírla y continuó delante del balcón, en calzoncillos, respirando con deleite; luego cerró la ventana y se volvió al lecho; estaba muy pálido y su cuerpo temblaba.

—No ha sido nada—murmuró—, ¡ay, Punto-Negro... creí ahogarme...!

Bien pronto ofreció el pintor otros síntomas de debilidad cerebral.

Una tarde se reunieron en casa de Antonia Carrasco y Claudio llevó pasteles, ostras y dos botellas de vino manzanilla para alegrar la entrevista. Cuando concluyeron de comer, la segunda botella estaba casi vacía y los dos se hallaban muy contentos; a ella, los labios y las mejillas le echaban fuego; a él, le escocían los ojos, y se los frotaba con el dorso de la mano, pareciéndole que la habitación daba vueltas.

—¿Nos acostamos?—preguntó.

—Sí, dices bien—repuso Matilde—, hace frío.

Empezó a desnudarse con las discretas coquetías de la mujer elegante que fluctúa entre el pudor y el deseo de agradar. El la contemplaba sin desplegar sus labios, nerviosamente contraídos.

—¿Te gusta esta falda?—continuó ella—antes era preciosa; ahora no me cae bien, porque como he engordado tanto... Chico, los años escriben en prosa vil el poema de la vida... ¡Vamos, que si de repente me volviese loca y saliese a la calle así...!

Se examinaba de arriba a bajo, azotándose las caderas y los muslos, meditando el efecto que su belleza causaría en los transeuntes indiferentes.

Antúnez, poseído de inexplicable temor, no respondió, contentándose con sonreír.

—¿Qué harían los hombres si me viesen desnuda?—insistió la joven.

Ella lo sabía, pero deseaba oír la confirmación de sus presunciones.

—¡Toma!—repuso Claudio—te desgarrarían, repartiéndose tus miembros como carne bendita...

Matilde rió satisfecha: seguramente era épico morir despedazada por la lujuria, en aquel sacrificio monstruoso en que su cuerpo serviría simultáneamente de regocijo a muchos machos encelados. Luego, cuando ya estuvo en el lecho, Claudio fué a besarla obedeciendo, no al impulso del deseo, sino a su obligación de mostrarse entusiasmado con la mujer que tan graciosamente se le ofrecía; pero la visión de Matilde desnuda le trastornó; temblaba como un calenturiento, y se acostó esperando que el calorillo le reanimase.

Matilde le abrazó el cuello, estrechándose contra él, mirándole amorosamente, con los ojos encendidos por las primeras ráfagas del deseo; besándole la boca con aquellos besos largos sorbidos, que enajenaban a Claudio. Pero la carne del pintor faltaba siempre; nunca había experimentado encogimiento semejante, y, sin embargo, jamás Matilde le pareció más codiciable. No obstante, permanecía fascinado, perplejo ante aquella trastornadora balumba de sensaciones contrarias, en la que estaban interesados todos sus sentidos, contribuyendo, cada cual en su esfera, a reforzar la intensidad de la impresión voluptuosa.

Para que la sensación se produzca debe haber cierta proporción entre el objeto y el sujeto consciente; si aquél es pequeño en demasía, es probable que pase desapercibido, y si es demasiado grande, ocurre lo mismo, porque ambas circuns-

tancias rompen el equilibrio que rige los fenómenos psíquicos.

Esta falta de proporción era lo único que podía explicar la repentina impotencia de Claudio. Sus ojos apreciaban ciertos encantos de su querida: sus rojos labios entreabiertos por la pasión; sus dientes, fuertes, blanquísimos, de mulata joven: su mirada lánguida, de mujer ardiente: su pelo encrespado, negrísimo, graciosamente recogido sobre la nuca; y mientras sus oídos escuchaban la voz acariciadora de Punto-Negro, sus manos sobajaban las matorosas turgencias de aquel cuerpo que la pasión estremecía. La vista, el oído, el olfato, el tacto, todos los sentidos contribuyeron a pregonar con tanto vigor la belleza de la mujer, la impresión fué tan violenta, que el fatigado cerebro de Claudio desmayó; el equilibrio entre el objeto y el sujeto quedó deshecho, y la sensación voluptuosa faltó; que el exceso de ilusión produce idéntico efecto que la falta de incentivo, y los extremos de todas las series concluyen por juntarse persiguiendo retorcidos e inextricables vericuetos. La excesiva luz deslumbra y ciega como la obscuridad; la mucha música aturde; los perfumes demasiado fuertes sólo son perceptibles a distancia. En Antúnez ocurrió algo semejante; no pudo resistir el choque de tantas sensaciones y quedó vencido y acobardado: el deseo palpitaba allí, en lo íntimo de su ser; pero era un deseo tímido, sumiso, que no podía sobreponerse, y sus órganos sexuales experimentaban un retraimiento parecido al que sufren los nadadores a la vista del agua fría.

A estos fenómenos, puramente orgánicos, se ligaron otros de carácter reflejo: Claudio tuvo vergüenza de su estado, y su laxitud fué tanto mayor, cuanto más insinuantes eran los halagos de Punto-Negro. Con vertiginosa celeridad pensó en

asuntos diversos y sufrió alucinaciones extrañas, pareciéndole que estrechaba entre sus brazos a una muñeca de cartón... De pronto recordó su situación y quiso serenarse; pero sus esfuerzos fueron inútiles y Matilde llegó a comprenderlo.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—No sé, Punto-Negro... me ahogo.

—Es que no me deseas... que no te agrado ya...

No hizo movimiento ninguno, pero el despecho agitaba su voz y sus palabras tuvieron un acento leve de acritud.

—Te engañas; nunca me pareciste más bonita que hoy, pero, ¡qué diablos...! te tengo miedo...

Ella le miraba, sonriendo burlona.

—¡Cuánto sufro, Punto-Negro!—gritó Claudio exasperado—; no me cabe tu hermosura en la cabeza, ni tu cariño en el corazón, y me encuentro emocionado, como el adolescente que se dispone a catar por primera vez el goloso pecado prohibido... Y el deseo lo siento aquí dentro, en las entrañas, abrasándome como un veneno...

Matilde se puso seria reflexionando que acaso el exceso de ilusión produjera aquel estado depresivo en el debilitado cerebro de su amante; pero no daba en el hito de la dificultad y murmuró:

—¡Es extraño, muy extraño...!

Entonces él, queriendo poseerla, empezó a besarla por todo el cuerpo, con los sibaríticos refinamientos del eunuco que, después de haber sufrido la dolorosa amputación de su virilidad, rindiese a una mujer largo tiempo deseada. Luego se incorporó y acercó su rostro al de Matilde; ella entreabrió los ojos y, sin hablar, suspiró blandamente y le besó en la boca, con un beso terrible de vampiro hambriento; tenía la húmeda boquirrita contraída, los ojos desmayados, brillantes las pupilas; Claudio devolvió aquel beso desesperado